

Marie-Louise TRICHET, ¿quién eres?

Destacaré sólo algunos rasgos de la personalidad de María Luisa y de su itinerario espiritual, situándolos en el proyecto que Montfort había concebido para la Congregación de la Sabiduría, proyecto que ella buscó realizar a lo largo de su vida, primero con Montfort y luego en solitario, después de la muerte de éste, el 28 de abril de 1716.

¿Quién era Marie Louise TRICHET?

Una mujer que vivió en un momento dado (1684-1759), según las condiciones de una mujer de su tiempo, en un entorno social y familiar específico. Una cristiana, en una Iglesia que no tenía el mismo rostro que la Iglesia de hoy.

Si queremos intentar comprender un poco a Marie-Louise, debemos tener en cuenta estos hechos.

Su medio social: la pequeña burguesía de Poitiers, una ciudad que era muy burguesa en ese momento. Su padre era un Procurador público cercano a la sede de la Jefatura de la ciudad. La madre de María Luisa, miembro del Tribunal de Comercio, era bastante enérgica, firme, viva y jovial.

Sus antecedentes familiares: una familia numerosa (8 hijos de los cuales ella era la cuarta), una familia poco acomodada, una familia cristiana, alimentada por la fe, fiel a la oración, atenta a la situación de los pobres. María Luisa aprendió la práctica de las virtudes cristianas. Según las costumbres de su entorno, fue a la escuela con les Filles de Notre-Dame donde fue alumna externa. Allí aprendió a leer, a escribir, a "contar", y todo lo que una futura ama de casa debería saber. En su adolescencia, permaneció en la familia y ayudó a su madre y a su hermana Elizabeth con las tareas domésticas, así como en las visitas a los pobres, especialmente del hospital general, y dedicada a la oración.

En el corazón de este ambiente familiar, María Luisa mostró un comportamiento discreto, tranquilo y equilibrado. Era una joven silenciosa. Frente a este comportamiento, su madre estaba molesta. Un día la Sra. Trichet le dijo a su marido: "¿Qué haremos con esta chica? ¡Es estúpida, solo sonríe!" El padre, en cambio, vio en su hija talentos ocultos y tranquilizó a su esposa diciendo: No, no. "Te equivocas, Dios hará grandes cosas en ella."

María Luisa, Discípula de Montfort

Consideremos, en este punto, la situación particular de María Luisa, al menos en lo que respecta a la espiritualidad de Luis María.

Cuando hoy hablamos de la espiritualidad monfortiana, cuando la estudiamos para profundizarla y vivirla, tenemos a nuestra disposición...

Varios "Instrumentos": Las obras completas, varias biografías, tenemos el fruto de las investigaciones realizadas especialmente en las últimas décadas, tenemos la retrospectiva de tres siglos y la experiencia de aquellos que, antes que nosotros, vivieron esta espiritualidad.

Pero imaginemos la situación de María Luisa: no sólo no tenía ninguno de estos instrumentos, sino que cuando conoció a Montfort en 1701 en el hospital general de Poitiers, su itinerario espiritual no estaba completo, y como todo itinerario, incluía pruebas y errores, períodos de duda, etapas decisivas. Marie-Louise sólo tenía unas pocas cartas, unas pocas entrevistas ocasionales.

Fue testigo de ciertas elecciones no siempre explícitas y matizadas, de una evolución continua de una doctrina que se buscaba a sí misma, de una vida que vivía en la inestabilidad.

Por lo tanto, no tenía que estudiar la espiritualidad monfortiana, tenía que descifrar, día a día, la profunda intuición que animaba la vida espiritual de Montfort y encontrar poco a poco la forma que podía dar, en su propia vida, como mujer y como discípula, a esta forma de vivir el amor de Dios.

En este sentido, María Luisa nos interesa mucho: pues no es eso lo que deberían buscar quienes hoy quieren vivir su vida cristiana siguiendo a Montfort: no copiar a Montfort, sino apropiarse de sus profundas intuiciones para vivirlas según nuestra condición de hombre o mujer, en nuestro medio, hoy.

Algunos aspectos de la experiencia espiritual de Marie-Louise

Una experiencia inmediatamente encarnada

Como tenía que construirse a sí misma, día tras día, a través de acontecimientos de todo tipo, la experiencia espiritual de María Luisa tuvo que encontrar su forma inmediatamente en su vida cotidiana, confrontándola con lo que percibía de la inspiración de Montfort. No podía atenerse a las ideas o tomarse el tiempo para "releerlas".

La larga espera de diez años en el hospital de Poitiers (a pesar de que Montfort le escribió), el compartir cotidiano de la vida de los pobres fueron para ella muy ricos en signos que iluminaron su camino. Las opciones apostólicas de los comienzos se inspiraron en lo que ella percibió en la doctrina aún vacilante de Montfort, y ese fue entonces el enfoque de toda su vida: dar forma, en lo concreto, a las profundas inspiraciones del Fundador. Hizo el trabajo de una mujer: dio cuerpo.

Sencillez y exigencia

Inmersa en el pueblo de los pobres, María Luisa se preocupaba por no estar demasiado "lejos" de ellos y, por tanto, por ofrecerles algo que les resultara fácilmente comprensible, una forma de vida cristiana que para ellos fuera accesible. Esto la llevó

por el camino de la sencillez. Viviendo la "Sabiduría en la vida cotidiana", a través de los gestos y expresiones más simples, los actos más banales de la vida, vivió una "Sabiduría del corazón".

Una forma de oración "simple y unida", que desconfía de lo extraordinario en su expresión, lo que no le impide ser exigente y profunda. Mantuvo esta sencillez durante toda su vida en su relación con los pobres, con los laicos que la ayudaban en su trabajo, y con sus hermanas.

Por encima de todo, esta **exigencia** era la fidelidad. Una fidelidad al proyecto de Montfort, no una sumisión meticulosa en los detalles: sabía modificar la forma si el significado original ya no era legible. *Un ejemplo: en 1739, el obispo de Poitiers, Mons. de Foudras, quiso que las Hijas de la Sabiduría se encargaran de la obra de los Penitentes. Pero una de las condiciones era que las hermanas vivieran en clausura, como los anteriores gobernantes. La obra estaba en las preferencias apostólicas de María Luisa, pero esta condición era inaceptable, ya que Luis María no quería el claustro para las hermanas. Ni la insistencia del obispo ni los consejos apremiantes del padre Mulot, entonces Superior General, pudieron hacerla cambiar, a pesar del respeto que solía tener por quienes consideraba sus superiores. Finalmente, el obispo cedió y las Hijas de la Sabiduría entraron al servicio de los Penitentes sin clausura.*

Humildad y obediencia

En la escuela de Luis María, María Luisa se dejó amasar en la humildad y la obediencia radical: una humildad que se expresa con discreción. Su vida pasó desapercibida por esas grandes humillaciones públicas que requieren un temperamento excepcional y algo excesivo para no ser aplastado por ellas. Fue más bien la actitud interior y silenciosa de alguien que vive bajo la mirada de Dios, consciente de sus limitaciones y posibilidades, la que puso en práctica sin complejos y sin orgullo, alguien que se mantiene en su justo lugar, sea éste elevado o muy humilde.

Su obediencia: el seguimiento de Jesús Sabiduría encarnada entre los hombres. Esta mujer fuerte y emprendedora experimentó el arte de desaparecer cuando su presencia y su palabra no le parecían necesarias.

Dondequiera que estuviera y en cualquier situación, su obediencia supo unir, con inteligencia, la voluntad del Señor cuando vio claramente que este camino era el suyo.

Acción y Contemplación

Siguiendo el ejemplo de Montfort, la oposición entre la acción y la contemplación no existía para ella, ya que todo en su vida era la contemplación de Jesucristo bajo la apariencia de la Sabiduría. Mujer de oración, vivía de la oración asidua y prolongada, cualesquiera que fueran sus preocupaciones y sus tareas a veces muy pesadas: ¿no había probado en su juventud la vida monástica a la que aspiraba? También le gustaba la

soledad, gusto que compartía con Montfort, pero no tenía ni una gruta de Mervent, ni una ermita de San Eloy o San Lázaro... para retirarse. A lo sumo, en el apogeo de sus actividades apostólicas, se tomaba unos momentos de oración solitaria los miércoles en el desván del hospital. Pero, ahora involucrada en la vida apostólica, normalmente se atenía al tiempo de oración previsto para la comunidad... no era una monja que se hubiera desviado de su vida apostólica...

Contemplaba el rostro del Señor en el rostro del prójimo, especialmente de los pobres y pequeños, y, mirando a los pobres, contemplaba el rostro de Dios. Podemos hablar de un "ir y venir": en la oración sacaba la energía espiritual que le permitía comprometerse plenamente en las tareas apostólicas, y el encuentro con el prójimo, el rostro de Cristo, incluso cuando estaba desfigurado por el sufrimiento o el pecado, le daba el amor pleno que alimentaba su oración. Este doble movimiento es, en efecto, el signo de un hermoso equilibrio espiritual.

Esto explica por qué siempre se negó -y esto es sorprendente- a establecer la adoración perpetua en la Casa Madre: en primer lugar, temía que esto produjera, con el tiempo, dos categorías de hermanas, las contemplativas y las activas y, sobre todo, sentía que las hermanas estaban llamadas a vivir la contemplación en estas dos formas, que es la marca de la contemplación del trabajador apostólico. Montfort había querido que fuéramos misioneros de esta manera; ella se encargó de que esto se cumpliera.

Contemplación y acción, no una oposición, sino más bien una tensión fecunda, fuente de vida para las hermanas y para aquellos a los que irían.

Las marcas montfortianas en la vida espiritual de María Luisa

Naturalmente, encontramos en la experiencia espiritual de María Luisa, los rasgos fundamentales de la espiritualidad de Luis María, que ella vivió a su manera, sin reproducir al pie de la letra las elecciones de este último.

La búsqueda de la sabiduría

El "Dios solo" de Montfort, la piedra angular de todo el itinerario de este apasionado seguidor de Jesucristo, la Sabiduría Eterna, coloreó fuertemente la vida espiritual de María Luisa. Buscadora de Dios, denunció, primero en su propia vida y luego en sus actividades apostólicas, lo que Louis-Marie llamó "falsa Sabiduría": honores, dobleces, fingimientos... para vivir simplemente las realidades, sin apegarse a ellas, asumiendo todas las condiciones que tenía para vivir... lo que le permitió al final de su vida soportar, en la más pura caridad, las críticas e incluso los ataques severos: quería ser libre para acoger la Sabiduría. No sabemos si tuvo conocimiento de la Consagración a Jesucristo Sabiduría encarnada, pero sí sabemos que rezaba todos los días una oración a la Sabiduría que Montfort le había enseñado, aunque él mismo la había olvidado hacía mucho tiempo.

Devoción a María

María Luisa entró con toda naturalidad en el ineludible camino que es María, para seguir a Jesucristo y buscar la Sabiduría. Consideraba a María como la primera superiora de la Congregación, un referente de ternura, la imagen de la sierva del Señor que quería ser. Ella trató de vivir las "prácticas interiores" que Montfort defendía y rezaba fielmente a la Virgen María.

El encuentro con la Cruz de Cristo

"La cruz es la sabiduría y la sabiduría es la cruz", dijo Montfort. Desde que María Luisa se unió a la primera comunidad de la Sabiduría en 1701, fue colocada frente a una cruz que Montfort había enriquecido con inscripciones que no dejaban ninguna duda sobre la presencia de la Cruz en la vida cristiana. Para ella, como para Montfort, contrariamente a lo que se sugiere a veces, no se trataba de dolorismo, sino de una coherencia en el seguimiento de Cristo, en la comunión con el Cristo sufriente, en su vida concreta.

Abandono a la Providencia

Sin llegar a cometer actos excesivos como Montfort que podía vivir sin un céntimo y dar su hábito a la primera persona pobre que encontraba, María Luisa fue más mesurada, pero no menos atrevida, a la hora de confiar en la Providencia: la fundación de La Rochelle, la llegada a Saint-Laurent, los largos años de precariedad son algunos ejemplos.

Esta confianza no fue ni una negligencia ni una falta de realismo: en primer lugar, hizo todo lo posible para encontrar soluciones seguras, luego, sin ingenuidad, pero con fe, se apoyaba en Dios: "*Su brazo no se acorta*", dijo.

La relación con los pobres

En el caso de María Luisa, como en el de Montfort, el amor a los pobres no puede confundirse con la mera compasión ante la miseria y el sufrimiento, ni con una aparente filantropía. Ella vio en cada hombre, incluso y especialmente en los más pobres, los más abandonados, los más abrumados, los más desviados incluso, el rostro de Cristo. Su relación no era sólo el servicio a los pobres, sino que llegaba a compartir la condición misma de los pobres en su vida cotidiana (como cuando se fue a vivir al hospital de Poitiers entre ellos). Todo lo que les afectaba le preocupaba personalmente: se había "pasado al lado de los pobres", definitivamente. Al ser testigo de este comentario durante el terrible invierno de 1709, dijo:

"Me gustaría ser una tela para vestirlos a todos" o una de sus últimas recomendaciones: "Tengan buen cuidado de los pobres".

En conclusión

Esta breve presentación es sólo un acercamiento: hay que leer la vida de Marie-Louise para encontrar las manifestaciones concretas de los pocos rasgos que se recogen aquí, hay que saber un poco más sobre cómo ella dio contenido a todas estas intuiciones y las propuso a las Hijas de la Sabiduría de ese tiempo y a las que vendrían.

En cuanto a la Congregación de las Hijas de la Sabiduría, podemos decir que Montfort, primer inspirador del proyecto, es su fundador, y María Luisa, tras haberse apropiado de su espiritualidad, dio cuerpo a este proyecto, según su carisma personal: podemos decir que fue cofundadora. No era el "complemento femenino" de Luis María, ha aportado su marca original y fiel, ha "instituido" la Congregación, lo que era necesario, pero eso no era el carisma de Montfort.

Misioneros de carácter itinerante y pastoral, misioneros más insertados en una institución: dos formas de la misma misión, tan necesarias para la Iglesia la una como la otra. Además, en el curso de la historia, hubo, incluso dentro de los institutos fundados por Montfort, estos dos tipos de compromiso misionero.

Montfort y María Luisa, dos temperamentos diferentes animados por el mismo celo, ardiendo con la misma llama, con la misma audacia apostólica, aunque más discreta y reservada en María Luisa. Dos apóstoles con un corazón de fuego, asumiendo todos los riesgos para la proclamación del amor, para ellos mismos y para aquellos que tomarían el mismo camino.

Para mí, Luis María y María Luisa vivieron una verdadera amistad espiritual a la manera de grandes santos como Francisco de Asís y Santa Clara o San Francisco de Salle y Santa Juana de Chantal, ayudándose mutuamente en la misión con los pobres.

Concluiré con este testimonio que el obispo de Champflour, obispo de La Rochelle, dio en 1715 sobre María Luisa:

*"Una mujer de buen juicio y sentido común, que unía
con ingenio, el raro talento de saber cómo hacer uso de él.
sin tratar de hacer que lo pareciera".*

Hermana Chantal RABIER
Hija de la Sabiduría